



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9327

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 2 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M.^{me} LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado su tido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

A LOS QUINTOS LA VERDAD

Redención del servicio militar activo.

Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toquen servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustitutos ni prófugas.

Todas las operaciones á metálico.

Para más informes, pídanse al representante en esta localidad

DON JOSÉ C. RAÑO.

UNA VISITA AL BANCO DE INGLATERRA.

No es empresa fácil acceder á los recónditos senos de ese gran monumento erigido por el comercio inglés, y en los que se hallan guardados los tesoros más grandes del mundo.

La dinamita ha inspirado un tan prudentísimo y justificado recelo á sus administradores, que tan sólo por un excepcionalísimo favor puede un extraño penetrar hasta lo íntimo de las dependencias en que tantas riquezas se guardan.

Un mortal profano ha logrado recientemente recrearse en la contemplación de esos tesoros, y de su relatada visita, que efectuó bajo la égida de un príncipe de la Banca, extractamos algunos datos que consideramos lo bastante curiosos para comunicárselos á nuestros lectores.

«Franqueado que hubimos un ancho patio, en cuyo fondo se abre escultural portadón, nos introdujeron en el «Bullion office,» donde se deposita el metálico.

Por este departamento pasa cuanto metal precioso ingresa en el Banco: allí se contrasta

A la derecha se lleva el oro; á la izquierda la plata.

Una enorme balanza encerrada entre cristales, movida hidráulicamente, que no pesa menos de 2 toneladas y que tiene 2m,20 de altura sirve para efectuar el peso de las monedas.

La construcción de esta balanza es de extraordinaria precisión, y su emplazamiento responde por modo tan ordenado á sus delicadas funciones, que la presión de un botón de marfil basta para moverla, y un asiento solidísimo de hormigón sustráela á toda vibración exterior.

La precisión de este balanza es tal, que por deferencia pesaron ante mí un sello de correo; la aguja

indicatriz se desvió unos 15 centímetros.

Pues todavía, con poderse pesar en ella objetos de 28 miligramos, ofrece otra particularidad más sorprendente.

Si cualquier lingote de oro sometido á examen pesa más de lo debido, la balanza indica el exceso, no sin revelar antes la irregularidad parándose la aguja en el fiel unos instantes y poniendo en vibración un timbre.

Esta balanza no tiene par: por ella pagó el Banco 50.000 francos.

Atravesamos otra galería abovedada y que la luz eléctrica ilumina á lo largo de cuyas paredes, en estantería unos y apilados sobre camiones, hállanse millares de lingotes de oro.

Los de cada camión representan un valor aproximado de unos 4 millones de francos, y sus ruedas aun sirven de apoyo á pilas de saquitos, de oro también, que pesan unas 500 onzas en monedas de todos los países.

Penetramos luego en el Salón de juntas, que es muy lujoso, para llegar á otro departamento, donde se hallan unos 30 aparatos destinados á contrastar los soberanos y medio soberanos que el Banco recibe en sus cajas.

Como la famosa balanza de que he hablado, muévense esas máquinas por presión hidráulica; y como aquella también, enciérranse bajo su respectiva vitrina. Su funcionamiento es automático y muy interesante.

Existe un largo tubo de cobre, abierto en dos, hasta caer cerca de la máquina, con una inclinación como de 45°, de cuyo tubo van cayendo las monedas de oro.

Recoge en su caída estas monedas un platillo circular móvil, cuyo diámetro es poco mayor que el de las monedas.

Se vé claramente cómo el platillo, cuando ha recibido la pieza, oscila ligeramente á derecha é izquierda como si la sopesara: de hecho ésta es su apreciación.

Al cabo, el platillo se inclina, y la moneda cae en la boca de un tubo y va á parar á una cajita situada bajo la máquina.

Pero si la moneda es falta de peso, el platillo la vierte en otra cajita colocada á la izquierda.

La guillotina espera á estas monedas, y esto puede decirse sin metáfora, porque en efecto, tales piezas pasan á otra máquina que de un golpe las divide en dos. Cien mil monedas pasan diariamente por este contraste.

Al salir de la Tesorería descendimos á un sótano abovedado, en que se conservan muy bien ordenados todos los billetes que no tienen curso.

Es un laberinto de estanterías, donde en 13.400 cajones se guardan 77.745.000 billetes, que si formaran montón superponiéndolos, alcanzarían una altura de 9 kilómetros: su peso es de 90 toneladas.

Pasamos después una rápida ojeada por los registros del Banco, cuyo asiento primero se remonta al año 1620, y penetramos en el departamento de impresiones.

Contiene seis prensas colosales con las que se imprimen de dos en dos los billetes, que luego una máquina especial corta y separa.

Las barbas que se observan en los otros tres lados y que generalmente se atribuyen á artificio, son debidas á la circunstancia de hacerse á mano los billetes.

Cada empleado responde de las hojas de papel afligianado que pasan por su mano, y un reloj va indicando, no tan sólo el número de billetes que se fabrican, si que también los golpes que da cada prensa. El papel lo fabrica también el propio Banco.

Por último, al salir de la imprenta me llevaron á una cueva, arriadas á cuyos muros existen enormes cajas de hierro blindadas.

No sin cierta emoción oí el relato de los tesoros que en oro y billetes guarda aquel antro. La mayor riqueza del Banco está allí: calcúlase en DOS MIL MILLONES de francos.

La visita me había producido la impresión de un sueño. Al término de ella, llevéme el Director á un patio donde día y noche existe un retén de 34 guardias, distribuidos en centinelas dobles al pie de cada puerta, armados de fusil y éste cargado. El oficial de guardia se aloja y come allí á expensas del Banco.

Además de esta fuerza militar, hay agentes de policía especialmente consagrados á la seguridad del establecimiento.

Si, por ejemplo, un cajero se apercebe de que le presentan un billete falso, oprime un botón eléctrico que tiene cerca, y el aviso, recibido por los agentes que vigilan el patio de entrada, es suficiente para que se detenga allí á todo el mundo.

La vigilancia es tan suspicaz en el Banco, que bien puede asegurarse que cuantos trasponen sus umbrales, sin distinción, caen bajo la acción de un espionaje tan celoso como bien organizado, del que no se sustraen más que al salir á la calle.

COLABORACIÓN INÉDITA

LA FUGA

IDILIO

Por asalto, á puñetazos y á empujones, lograron Román y Gertrudis meterse en una jardinera de Fuencarral, y una vez sentados en uno de sus bancos, pudieron ver cómo los asaltantes más torpes se disputaban los pocos puestos vacíos, los más ladinos aprovechaban la confusión para coger como quien no hace nada un buen asiento, y los rezagados se asomaban un instante por entre las sucias cortinas de lona, miraban con disgusto los bancos atestados y se perdían en la horrorosa riada humana que inunda las anchas aceras de la hermosa plaza.

Ellos tenían ya su sitio cogido y además eran felices. Con el afán con que habían cogido el tranvía estaban algo emocionados y se miraron mutuamente á los ojos con una mirada larga, sonriente, llena de cierta lánguida complacencia. Después, apenas el pesado armatoste echó á andar á los gritos del mayoral y los zagales, Román se recostó en su asiento pasando el brazo por la espalda de Gertrudis, que aun se recostó más

como buscando el contacto de la persona amada: de este modo colocados podrían mejor prescindir de los demás viajeros, mirarse á la cara y hablar bajito.

Román era moreno, de facciones agudas, picado de viruelas, de labios delgados y sin pelo de barba: un ancho sombrero gris, dando sombra á su frente, parecía envolver y difuminar la segunda intención que se veía en su mirada: vestía un ancho pantalón obscuro, de chaqueta, llevaba reloj y un bastón de muleta, como queriendo imitar en los perfiles de la ropa y el porte el empaque y vestimenta de los toreros; sin embargo, aun sin notar la falta de la coleta, lo basto y trabajado de sus manos manchadas por los ácidos y el mutilado pulgar de la izquierda, demostraban á las claras que no torero sino oficial de vidriero era el mozo.

Ella iba como él de tiros largos: vestía un tragecito de batista blanca con florecitas y se envolvía en negro mantón de crespon con largos flecos de seda: su cabeza rubia peinada con gran esmero á la moda chulesca, brillaba al sol como el oro y su rostro oval, un poco abultado, llenito de carne, con ojos azules un tanto fieros y boca de labios gruesos y rojos, palidecía bajo una capa de polvos de arroz: no usaba pendientes, pero sí una cinta roja atada al pescuezo con un lacito que asomaba por detrás, por encima del mantón: veíanse desnudos hasta cerca del codo los brazos blancos y gruesos, aunque pecosos, y sus manos gordizuelas y breves manejaban el abanico en razón á ser día de fiesta y de andar bien vestida: los de trabajo manejaba la aguja en una sastrería, como lo demostraba bien á las claras la amarillez de su dedo índice y su muchas picaduras.

Aquel viaje en tranvía no era para ellos un simple paseo á Cuatro Caminos: Gertrudis, huía de casa de sus padres formalmente opuestos á su boda con Román: erapues como el exordio de su vida de soltera para entrar como en la tierra de promisión en la cofradía de San Marcos, cosa que les parecía grandísima felicidad y por esto uno y otro se recreaban mirándose y se escuchaban tan atentamente como si sus palabras pronunciadas á media voz en el dialecto seco y vibrante del pueblo bajo madrileño, fuesen música jamás oída.

En medio de la sorda melancolía que se filtra en la atmósfera de Madrid, aun los días de fiestas y de sol, en medio del vaivén de gentes que suben y bajan por la calle de Montera, Gertrudis y Román son felices: él fuma á grandes chupadas un cigarrillo, haciendo más notables las profundas arrugas de las comisuras de sus labios, ladeando la cabeza para oír mejor, y ella le habla firme y pausadamente, como quien se dirige á un superior familiar y bondadoso, diluyendo en las frases la constante sonrisa dulce que revolotea sobre sus labios gruesos, arreglándose mientras habla los flecos del mantón, los pliegues de la falda, el rizado flequillo y las patillas de su artificioso peinado, con aquella mano gordizuela y roma, picada de la aguja. Sus ojos azules brillan de orgullo y su naricilla un poco gruesa aletea de emoción.

Va contándole á Román las últimas é inaguantables regañanzas de sus padres, su oposición acerrísima y formal á sus amores, los malos tratos que le dan... y aun Román no lo sabe todo. Aun no sabe que el cardenal que tiene en el cuello—y al decir esto baja un poco el mantón y separa la cinta roja dejando el pescuezo al descubierto y recorriendo con el índice la extensión de una señal amoratada y negruzca—es de un palo que le sacudió su padre con un bastón de junco gordo, después de haberla arrastrado por los pelos antes de ayer. ¿Y qué dirían cuando supieran el paso que daba ahora?

Román oía y callaba, con tanta atención que hasta que vio á Gertrudis alargar el brazo por delante de él no se apercebía de que estaba ella pagando los billetes: entonces quitó rápidamente el brazo derecho del respaldo del asiento y buscó en el chaleco dinero para pagar, murmurando:

—Pero... ¡cobrador, no cobre usted!

El cobrador había cobrado de Gertrudis, que decía sonriendo á Román:

—¡Déjalo tonto, si ya está!

Con lo cual hizo él un gesto de resignación, y continuando la conversación interrumpida:

—Sin embargo—dijo—si tú quieres tener mejor paz en tu casa, ó si tus padres te quieren dejar casar con otro que sea más que yo, aun estás á tiempo: píensalo y...

¡Cómo! ¡Ella soñar siquiera en dejar á Román? ¡Pues entonces para qué iban á dejarla depositada en casa de su tío en Cuatro Caminos? Estaba indignada y así llorosa.

—Mira, le decía, no me digas eso, porque sabes que yo á tí te quiero siempre de muy buena manera...

Román en lugar de responder volvió á echar el brazo sobre el respaldo, por detrás de la espalda de su novia, de modo que con su mano venía á tocarle el hombro; y con disimulo, para que no se enterasen los demás viajeros, suavemente con el dorso y la muñeca, como atrayendo hacia á la emocionada muchacha, mientras la miraba con los ojos fijos, contrayendo el párpado inferior con cierto gesto muy plebeyo, habitual en él.

Ella bebió en aquella mirada toda la felicidad que su padre amargaba á fuerza de palizas, y apoyó distraidamente la mano izquierda sobre la rodilla de su novio.

Mientras tanto el tranvía iba corriendo calle arriba, calle arriba, siempre entre el torrente de la muchedumbre y debajo del sol que hacía más triste la nota sombría y pesada de la multitud vestida de oscuro.

Toda aquella gente que iba á divertirse, á disfrutar del día de fiesta, ostentaba una compostura y producía un rumor sordo semejante al que produce un ejército en marcha, que inundaban el alma con la amarga laxitud del bastón.

No como turba que va á divertirse, sino como ciudadanos en manifestación, toda aquella gente va á espaciar sus penas ó sus angustias, arreglándose al diapasón templado, al cual se ajustan las expansiones populares en los países civilizados.

Nada de hablar á gritos, nada que signifique la franca alegría popular.

Román y Gertrudis callan también ó hablan bajito, dejándose llevar entre la multitud rumorosa y bajo el alegre sol que inunda el cielo y refleja en las fachadas.

También el alma de Gertrudis está inundada de sol; su fuga de la casa paterna para ir á ser depositada en casa de su tío; este viaje en tranvía con su novio, como si fueran á una fiesta; la perspectiva de su casamiento, le llenaban el corazón de confianza y de alegría; y mirando la cara larga y la nariz afilada y señalada de viruelas de Román, pensaba que no era un pílo como en su casa le decían, y que si en efecto ganaba poco, ya se arreglarían con lo que ella ganase.

—Román... Estoy pensando en la que se va á armar en mi casa cuando vean que yo no vuelvo.

—Que armen lo que quieran; yo más me alegro que estés en casa de tu tío porque así te evitas tonterías y cuestiones.

—Y vendrás á verme?

—Todas las noches.